

ángeles. ¡Cuáles serían entonces los trasportes de aquella alma endiosada! ¡Cuáles las delicias de su corazón muerto á todo lo terreno y sólo vivo para Dios! Mas ¿quién podrá alcanzar las dulzuras inefables de aquel tránsito felicísimo y suavísima partida de este mundo? Habló de ella á sus hermanos como de un día de fiesta para la cual los convidaba: rodeado de aquellos ángeles de la tierra recibió por la vez postrera á su amado Jesús con abundancia de lágrimas de amor y contento, pues como refiere su biógrafo, su espíritu se regocijaba sobremanera por el deseo que tenía de salir de la cárcel de este cuerpo y ver á Dios cara á cara. Admirábanse los circunstantes de verle en aquel trance, para otros tan amargo, tan contento y alegre, y él les explicó la causa diciéndoles: «Porque mi Señor Jesucristo, acompañado de su dulce Madre y de nuestro Padre San Agustín, me convida á la partida y me dice que me alegre y entre en el gozo de mi Dios.» Oía en efecto el siervo fiel y prudente las palabras de enhorabuena con que Cristo acoge á los suyos en aquella hora solemne de la recompensa: *Euge, serve bone et fidelis! Intra in gaudium Domini tui*¹. Y así fué como Nicolás, levantados los ojos y las manos hacia la cruz que tenía delante de sí, y exclamando como el Salvador: *In manus tuas, Domine, commendo spiritum meum*², entregó su alma purísima en las manos de su Dios con una paz y tranquilidad maravillosas. Voló á ver claramente al que, apenas vislumbrado en la oscuridad de la tierra, llenó de luz su mente y arrebató su corazón.

10. Ahí tenéis el modelo del verdadero sabio, del que, con la luz de lo alto, penetra hasta dentro de las profundidades de la Divinidad. Porque Nicolás no sólo columbró las cosas celestiales y divinas, sino que fué favorecido con la visión de los acontecimientos venideros por el don

¹ Matth. 25, 21.

² Luc. 23, 26.

de profecía, y con el ojo certero del médico que, sin necesidad de específicos y medicinas, arroja la enfermedad del cuerpo humano y le devuelve con una palabra ó con un signo la perdida salud, restituyó la vista á los ciegos y aun llegó á lanzar de esos mismos cuerpos á los demonios que los atormentaban. ¡Sabiduría celestial á cuyos resultados no alcanza todo el ingenio y el saber del hombre! Por eso el pueblo cristiano venera y ama á nuestro Santo como á uno de los amigos más favorecidos de Dios: por eso se regocija el pueblo de Cartago de tenerle por Patrono de uno de sus barrios principales y se esmera en tributarle grandes y solemnes cultos. Pero no basta, amados fieles, que le profeséis la más tierna devoción y le invoquéis en vuestras necesidades: es preciso también que, á su imitación, procuréis adquirir aquella sabiduría del cielo que consiste en conocer al mundo para aborrecerle y á Dios para amarle de todo corazón. Haciéndolo así llegaréis á ser dichosos en el tiempo y en la eternidad. Así sea.

De San Roque, Confesor.

(Predicado en Bogotá, 1900.)

Gloriabor in infirmitatibus meis. . . .
2 Cor. 12, 9.

1. La festividad que hoy celebramos, hermanos míos en nuestro Señor Jesucristo, en honor de uno de los santos más populares en el mundo cristiano, y particularmente en la católica Colombia, como es el bienaventurado Confesor de Cristo, San Roque, abogado contra la peste, nos ofrece la más brillante prueba de la verdad de la promesa de Cristo nuestro Señor cuando dijo: «Á quien se dedicare á mi servicio, mi Padre lo colmará de honra y gloria.»¹

¹ Io. 12, 26.

Trasladémonos en espíritu á la famosa ciudad de Constanza y veamos lo que allí pasa á principios del siglo XV de la era cristiana, es decir, poco menos de una centuria después de la muerte del héroe de nuestros cultos. Un gran concilio ó asamblea de la Iglesia universal, representada por centenares de obispos bajo la inmediata presidencia del sumo Pontífice Juan XXIII, se ha reunido dentro de sus muros para tratar de asuntos gravísimos pertenecientes á la fe, á la disciplina y á la tranquilidad de la misma Iglesia, agitada largo tiempo hacia por el más ruidoso y lamentable cisma. Terminadas felizmente las sesiones, y devuelta la paz á la Iglesia de Cristo con la elección unánime del sumo Pontífice Martino V, reconocido por todas las naciones católicas como único verdadero y legítimo Papa, he aquí que el pánico se apodera repentinamente así de los Padres del concilio como de todos los habitantes de la ciudad. ¿Qué ha sucedido? Que se ha presentado la peste á las puertas de Constanza y la amenaza con todos los horrores de que viene siempre acompañada. Desolación y muerte de lo más florido de la cristiandad es todo lo que aparece en inminente perspectiva. ¿Qué valen en presencia del terrible flagelo, cuyos estragos ha experimentado toda Europa en el siglo precedente, los recursos de la ciencia y del poder imperial y pontificio? ¡Ah! no queda más recurso eficaz y positivo que el del cielo, la invocación de la piedad divina por la mediación de los amigos privilegiados de Dios. Entonces fué cuando se oyó resonar por todos los ámbitos de la ciudad el nombre de un varón hasta entonces no elevado á la categoría de los santos, pero ya aclamado por innumerables pueblos y ciudades como Patrono dado por Dios contra la peste: era el nombre de San Roque. El concilio aclamólo también; su imagen es llevada en pública y solemne procesión, y la epidemia huye de aquellos contornos, y la calma se restablece en todos los ánimos atribulados.

¡Qué gloria la de nuestro Santo, canonizado por la voz del cielo, antes que por decreto de los hombres!

2. Y ved aquí, carísimos hermanos, la antigüedad del culto de San Roque y la grandeza de su gloria aquilataada con el trascurso de seis siglos. ¡Gloria impercedera y magnífica, que irá siempre en aumento en la Iglesia de Dios, como recompensa decretada al esclarecido servidor de Cristo! ¡Y cuán diferente por cierto de la gloria del mundo! Pero ¿en qué está cimentada esta gloria? Es lo que intento haceros ver en el presente panegírico. El mismo Santo nos lo revela diciendo con San Pablo: *Gloriabor in infirmitatibus meis* — «Mi gloria descansa en lo que parece más frágil y despreciable, en mis enfermedades y en las enfermedades de mis prójimos.»¹ Sí, porque en ellas sirvió perfectamente á Cristo, imitando su paciencia heroica y su caridad inagotable. Veremos, pues, primeramente los monumentos erigidos á la gloria universal del portentoso abogado contra la peste, y justificaremos después esa gloria contemplando sus admirables virtudes. Esto haremos después de saludar á la Santísima Virgen. *Ave María.*

I.

3. Dijo el Salvador al llegar el tiempo de su sagrada pasión: *Venit hora ut clarificetur Filius hominis* — «Ha llegado la hora de que sea glorificado el Hijo del hombre.»² Y por igual manera decretó Dios que la hora de la glorificación de San Roque fuese aquella misma en que, terminada su peregrinación por la tierra, abriáanse para recibirlo las puertas de la gloria celestial. ¡Admirable es Dios en sus santos! Pero fuélo de una manera especial en este su escogido siervo. Acabando de expirar en un inundo calabozo, y reconocido por quién era y aclamado

¹ 2 Cor. 12, 9.² Io. 12, 23.

como santo, por toda la ciudad de Montpellier, su patria, entre mil afectos y demostraciones de dolor, de admiración y gozo, es colocado el sagrado cuerpo sobre un rico lecho, debajo de un dosel magnífico, quedando allí expuesto á la pública veneración. Grandes y pequeños, ricos y pobres, todos querían tener el consuelo de besarle los pies y regarlos con piadosas lágrimas. El gobernador de la ciudad, instrumento inconsciente de los padecimientos de su inocente sobrino, sólo encuentra algún consuelo en su dolor haciéndole suntuosos funerales. El santo cadáver es conducido triunfalmente por toda la ciudad, acompañado del clero, la nobleza y el pueblo, y se le da sepultura en la iglesia principal, pero sólo provisionalmente, pues muy pronto son trasladados sus restos á otra magnífica iglesia construída expresamente por su mismo tío para servirle de sepulcro¹. ¡He aquí, pues, el primer monumento erigido á la gloria de San Roque! ¿Quién dirá la devoción universal de todos los pueblos católicos, despertada y propagada inmediatamente después de la muerte del Santo? Desde el mismo día de su entierro comenzaron los fieles á visitar sus sagradas reliquias. Y Dios comenzó también á manifestar con milagros la gloria y valimiento de su siervo. Pero estos favores no se localizaron en Montpellier. Por todas partes donde se le invocaba, especialmente en ocasión de epidemias contagiosas, hacíase sentir con milagros la eficacia de su intercesión.

4. Por eso la devoción á San Roque salvó pronto las fronteras de su patria. Italia y España, por no hacer mención de otros países, rivalizaron con Francia en la devoción al glorioso taumaturgo. Innumerables ciudades le tomaron por Patrono y hasta hicieron voto de guardar como festivo el día de su glorioso tránsito. Todos se disputan sus reliquias. Arles se gloria de poseer una parte

¹ *Croisset*, Año cristiano.

considerable de estos preciosos despojos. Del arzobispo de esta ciudad solicita alguna insigne reliquia del Santo la reina de Francia, María Leszczyńska, viuda de Luis XV, cuando le hizo construir en Versalles una magnífica capilla. En toda Francia se erigen altares y templos en su honor. Y ¿qué diré de Italia, teatro principal de las gloriosas hazañas de San Roque? Muchas ciudades y hasta la capital del mundo cristiano, le veneran como Patrono. Venecia se distingue entre todas, y en atención á lo extraordinario de su culto obtiene la porción principal de sus restos venerables. ¡Con qué pompa y entusiasmo fué recibido este tesoro allá por los años de 1485! En cuanto á la católica España, bastará decir que, si San Roque fué francés de nación, por adopción fué español, correspondiendo el Santo con admirable largueza al amor y piedad de los pueblos españoles que durante seis siglos le vienen invocando. Qué parte haya cabido en esta devoción á la América civilizada por España, atestiguanlo con elocuencia las imágenes del Santo diseminadas por la vasta extensión del nuevo continente, los altares donde se le da culto, las fiestas que se le dedican por doquiera y hasta el nombre que llevan algunas poblaciones. Colombia figura entre los países más devotos de San Roque. Bogotá lo celebra con rito doble mayor. Desde la capital de la República hasta la costa del Atlántico oiréis por todas partes invocar el nombre del santo abogado contra la peste, y en casas y templos escucharéis devotas preces rezadas delante de su imagen, tan querida como las de los santos de mayor veneración. Y no creáis que nos vayan en zaga en el culto de este ilustre Confesor de Cristo otras naciones del antiguo mundo, aunque contaminadas por el protestantismo, enemigo del culto de los santos. Entre ellas pudiéramos citar á Flandes, Alemania, Polonia, Inglaterra y otras más.

5. Pero á esta gloria póstuma había precedido otra no pequeña que, cual nimbo de celestial claridad, rodeó la

noble figura de San Roque durante toda su peregrinación sobre la tierra. De él puede afirmarse lo que la voz del Padre aseguró de Jesucristo: *Et clarificavi, et iterum clarificabo*— «Lo glorifiqué en vida y más lo glorificaré después.»¹ ¡Qué honores no le acompañaron y siguieron, por más que procurase sustraerse á ellos el humilde servidor é imitador de Cristo! ¡Qué admiración no despertaba entre las multitudes el verle curar repentinamente con sólo la señal de la cruz á centenares de apestados en Acquapendente, Cesena, Plasencia, Roma y en cuantas ciudades se presentaba como ángel de Dios y mensajero de salud! La peste, dicen las historias, parecía que iba huyendo de San Roque; disipábase con sólo su presencia. Á la admiración y al asombro seguían naturalmente las aclamaciones de los pueblos, y aun corrió la voz de que no era hombre, sino ángel en figura de peregrino. ¡Qué peligro para quien no fuese verdaderamente santo! Pero la santidad de Roque no podía ocultarse á los ojos de los varones prudentes y perfectos y de los superiores á quienes tocaba dirigirle. El Cardenal Britónico, uno de los prelados más virtuosos de su tiempo, y el Vicario de Cristo Benedicto XI, conocieron y admiraron en el trato íntimo del siervo de Dios el gran fondo de virtud que atesoraba aquella alma pura y generosa, encendida en la caridad, á quien Dios otorgaba el poder de obrar tantas maravillas. El Sumo Pontífice llegó á decirle con ternura: «Tú, hijo mío, no necesitas de nuestra absolución: nosotros sí que necesitamos de tus oraciones.» Y era que veía el cuerpo del Santo rodeado todo de un maravilloso resplandor. ¡Qué gloria la de haber sido, por decirlo así, canonizado en vida! Y ¿es por ventura menos gloriosa la historia de la misma enfermedad con que quiso Dios acrisolar y poner de manifiesto en el teatro de su Iglesia la heroica santidad del

¹ Io. 12, 28.

taumaturgo? Recordad, hermanos carísimos, las maravillosas circunstancias de aquella etapa de la vida de nuestro héroe, y veréis descornado á vuestra vista un cuadro de prodigios estupendos. Acogido á una choza miserable á la entrada de un bosque cerca de Plasencia, para no inficionar á sus moradores con su dolencia contagiosa, ve brotar cerca de la misma cabaña una fuente de agua pura y cristalina destinada por la Providencia para que con ella refrigerase su sed y lavase sus llagas; y á ese prodigio sucede otro, el de su completa curación sin auxilio humano ni virtud de medicamentos naturales. ¿Qué más? Un mastín, guiado por la mano del Omnipotente, trae de un castillo á trescientos pasos de distancia el pan que furtivamente ha sustraído de la mesa de su amo, para alimentar al piadoso y desamparado peregrino. Atónito ante semejante maravilla, que recordaba la de Elías, milagrosamente sustentado por un cuervo, el castellano Gotardo se convierte en discípulo del mendigo pobre y apestado, y después de renunciar al mundo y á sus posesiones y familia, el noble caballero queda transformado en otro hombre, en un santo que consagra el resto de sus días á los ejercicios de la vida solitaria. ¿Qué os parece de esta conversión, no menos milagrosa que la curación de enfermedades mortales y que la misma resurrección de los muertos? Así glorifica el Señor á nuestro Santo aun en esta vida de pruebas y merecimientos, que no de gloria y recompensas.

Y esto baste, carísimos hermanos, para bendecir al Señor por la gloria de que ha revestido al bienaventurado San Roque, demostrando así claramente cuánto se complace en verle honrado y glorificado por los hombres. Apresurémonos á contemplar el fundamento de esa misma gloria que, como dejamos insinuado, es el mismo que decía el Apóstol: sus enfermedades, no sólo las que él mismo padece con heroica paciencia, sino las de sus hermanos,